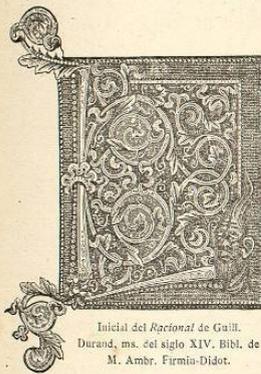


III

LA LUCHA

Conjuración de los judíos, Milagros en el día del Sábado, Institución del Apostolado.—Sermón de la montaña, el Leproso curado, el Hijo de la Viuda. Otros milagros.—El Sembrador, la Cizaña, el Grano de mostaza, la Red arrojada al mar.—La Incredulidad de Nazaret, Primera multiplicación de los panes, Segunda tempestad calmada, Anuncio de la Eucaristía. 1

CONJURACIÓN DE LOS JUDÍOS, MILAGROS EN EL DÍA DEL SÁBADO
É INSTITUCIÓN DEL APOSTOLADO



Initial del Racional de Guill.
Durand, ms. del siglo XIV. Bibl. de
M. Ambr. Firmin-Didot.

LOS fariseos se dedicaron, después del convite de Simón, á vigilar con mayor cuidado á Jesús, y por todas partes le rodeaban, comparando sus acciones, acriminándole por sus palabras y haciendo grandes esfuerzos por alterar y oscurecer la verdad. Cierta día que Jesús pasaba junto á unos sembrados, sus discípulos, obligados por el hambre, cogieron algunas espigas para comer, lo que tuvo lugar en día de Sábado y á presencia de los fariseos, los cuales

reprendieron fuertemente á los discípulos y dijeron al Maestro: «*Hé aquí que los tuyos hacen lo que no es permitido en Sábado.*» Y Jesús les respondió que los sacerdotes que sirven en el Templo trabajan en el mismo sin ser culpables; y al efecto, les recordó el ejemplo de David, que en la fiesta del Sábado comió los panes de la proposición colocados ante el altar. Acusado también el mismo Jesús de la misma falta, se disculpó alegando el continuo trabajo que ponía por obedecer á su Padre, y por eso, al justificar la conducta de sus discípulos, le bastó aducir la conducta de David, que, como ellos, era un servidor. Advirtió nuevamente á los fariseos que Dios prefiere la misericordia al sacrificio, y, con el fin de hacerles conocer mejor el sentido de la Ley y de mostrar con más evidencia su poder, añadió: «*El Sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el Sábado, y esa es la razón por que el Hijo del Hombre es dueño y señor del mismo Sábado.*» San Juan Crisóstomo hace notar que sobre este punto del Sábado, sobre el cual surgen frecuentemente cuestiones, Jesús no se justifica solamente bajo el concepto de su divinidad, sino también bajo el punto de vista de su misma humanidad; y en cualquiera de las dos maneras pone gran cuidado en establecer y confirmar las dos verdades, á fin de que de ese modo se crea en el misterio de sus humillaciones y en la dignidad de su naturaleza divina.

Poco tiempo después, siguiendo su costumbre, entró Jesús en la sinagoga para enseñar en la fiesta del Sábado, y allí le

preguntaron si creía ser lícito hacer curaciones en semejante día, porque, según opinión de los fariseos, se había resuelto imputarle á pecado esos actos de misericordia. Esperaban maliciosamente su respuesta, bien para tenerle por escandaloso, ó bien para cogerle en contradicción consigo mismo, según lo que dijese; pero, como Jesús conocía sus pensamientos, mandó al momento levantarse en medio de la reunión á un hombre que se encontraba allí, y tenía su mano derecha enteramente seca é inútil; y dirigiéndose en seguida á los fariseos, les preguntó si era permitido el día de Sábado hacer bien ó mal, salvar la vida ó quitarla, en el concepto de no salvarla cuando se puede, á cuya pregunta todos se callaron, y Jesús continuó preguntándoles: «*¿Hay alguno entre vosotros que, teniendo una sola oveja, si se le cae á un hoyo en Sábado, no la saque de él? Pues ¿cuánto mejor deberá hacerlo con el hombre, que tan superior es á la oveja? Es, por consiguiente, permitido hacer bien en día de Sábado.*» Mientras tanto los fariseos guardaban silencio y estaban enfurecidos y llenos de despecho; y entonces Jesús, affligido de ver sus corazones tan endurecidos, les miró con indignación, y después dijo al hombre que tenía la mano derecha seca: «*Extiende tu mano.*» Y al momento la mano que estaba enferma se puso sana como la otra.

En ese hombre manco está representado el hombre del siglo, cuya mano izquierda, que es la de las obras malas, la de las pasiones carnales, de la avaricia y propio interés, se halla siem-

pre viva, activa, expedita, mientras que su mano derecha, la mano de las obras buenas, de las obras de caridad y de los actos de rectitud, se halla habitualmente ociosa, estéril, abandonada y seca. Si, pues, tú quieres que tu mano esté sana, extiéndela, ejércitala en obras de justicia, ábrela á los pobres, porque la caridad está encargada de distribuir lo que la avaricia y el fraude han amontonado.

Aumentando el odio de los fariseos, salieron éstos de la asamblea y se pusieron de acuerdo con los herodianos sobre los medios que habían de emplear para perder á Jesús. Estos herodianos eran los saduceos, incrédulos en religión, déspotas en política, partidarios de Herodes y de los romanos y enemigos detestables de los fariseos; y, á pesar de eso, los unos déspotas y los otros corrompidos, aunque antes eran enemigos, entraron en inteligencia para perseguir al Justo. En este proceder se ve como prefigurada la historia futura de la religión, enfrente de la cual todos los sectarios y todos los impíos, entre sí enemigos irreconciliables, se han puesto de acuerdo para oprimirla y destruirla, si les hubiera sido posible. Mas era menester encontrar un medio á propósito. Herodes todavía no había cometido el crimen de degollar á Juan Bautista por temor del pueblo, y los fariseos querían un pretexto piadoso para condenar á Jesús; y aunque era verdad que les constaba que Jesucristo creía lícito hacer milagros el día del Sábado, sin embargo, no encontraban causa bastante para ejecutar su mal fin, porque Jesús sólo había

hecho uso de su palabra, y en la Ley no había prohibición alguna de hablar en Sábado y de exceptuar del número de las palabras permitidas aquellas que tuviesen por objeto curar enfermos.

Esta conjuración, tan visiblemente formada, atestigua la verdad de la historia evangélica. Los dos capítulos de acusación contra el Señor eran el que se había llamado Hijo de Dios é igual á Dios, y había quebrantado el precepto del Sábado, aunque notorio es que jamás violó ese día festivo más que haciendo milagros. La hora, sin embargo, no era llegada, y Jesús les dejó tiempo suficiente para maquinare y deliberar contra Él, y mientras tanto se retiró hacia las riberas del mar, adonde le siguió multitud de gente, procedente de Jerusalén y de diversos contornos de la Palestina, y también de Tiro y de Sidón, saliendo á su encuentro, además, por todas partes innumerables enfermos, que se echaban á sus piés, á los cuales curaba en su infinita bondad. Los demonios que atormentaban á los posesos se postraban delante de Él y gritaban: «*¡Tú eres el Hijo de Dios!*» Esto era un gran testimonio á su favor, pues así, las siguientes profecías iban teniendo su cumplimiento á la plena luz del día: «*Hé ahí el servidor que yo he escogido para mí, y es mi amado. Yo derramaré mi espíritu sobre él, y anunciará la justicia á las naciones. No se opondrá, ni gritará, ni se le oirá expresarse en quejas y lamentos por las plazas públicas. No romperá la caña cascada ni apagará la mecha que aún*

echa humo hasta que haga triunfar la justicia; y él será en quien los pueblos tendrán su esperanza.»

Su tierna compasión por las miserias presentes y futuras, en cuya curación se ocupaba, y la necesidad de publicar su misión, no eran las solas causas que le impulsaban á multiplicar sus milagros. Quería hacer cada vez más inquebrantable la fe de sus discípulos, porque era llegado el momento de fundar el colegio apostólico, que sólo existía en germen desde la primera vocación de Pedro. Es evidente que Jesús podía por sí mismo convertir el mundo; pero después que tomó la naturaleza humana, no podía dispensarla un honor más grande que el asociarla á esta grandiosa obra de salud.

Habiendo pasado Jesús la noche entregado á la oración, para que así la Iglesia comprendiese siempre la necesidad que tiene de ser auxiliada por el Espíritu Santo en la creación de sus ministros, llamó cerca de sí á los discípulos y eligió doce entre ellos para enviarles á predicar conforme á sus designios; y al efecto, les dió el nombre de Apóstoles, que quiere decir *enviados*, y el poder de curar las enfermedades y arrojar los demonios. Los nombres de los doce Apóstoles son: Simón, á quien Jesús llamó Pedro; Santiago, hijo del Zebedeo; Juan, hermano de Santiago; Andrés, hermano de Pedro; Felipe, Bartolomé, Mateo, el publicano; Tomás, Santiago, hijo de Alfeo; Judas, su hermano, llamado Tadeo; Simón de Caná y Judas el Iscariote, que vendió á Jesús.

Se cree que Bartolomé es el mismo que Nathanael, que se presentó al primer llamamiento, atraído por la súplica de Felipe; y Santiago y Judas Tadeo, hijos de Alfeo, son los hijos de María, mujer de Alfeo ó Cleofás, pariente de la Santa Virgen.

Los Evangelistas no colocan en el mismo orden y categoría á los Apóstoles, pues San Mateo pone á Andrés inmediatamente después de Pedro, y el mismo San Mateo se coloca después de Tomás, mientras que los otros Evangelistas le colocan antes; en lo que sí hay conformidad es en dar siempre á Pedro el primer lugar y el último á Judas Iscariote.

Se encuentran en los Padres de la Iglesia diversas interpretaciones acerca del nombre de cada Apóstol con referencia al carácter simbólico de su vocación. Por lo que toca al número doce, habia sido ya predicho y figurado muchas veces en los libros del Antiguo Testamento: si se consideran como los padres de los cristianos, están representados, dice Ludolfo, en los doce Patriarcas, padres del pueblo de Dios; si se les mira regando el mundo con las abundantes aguas de la doctrina, son semejantes á las fuentes de agua viva que brotaron milagrosamente de la roca de Elín; en cuanto que adornan la Iglesia con el resplandor de sus virtudes, son semejantes á las doce piedras preciosas que hermoseaban el pectoral del gran sacerdote; mirándoles ocupados en nutrir las almas del Verbo de vida y Cordero immaculado, fueron ya prefigurados en los doce panes consagrados que se colocaban ante el altar del Señor; en tanto que

penetran los secretos divinos para comunicarlos á los fieles, hacen el oficio de los doce exploradores que Moisés envió á la Tierra prometida, los cuales á su vuelta contaron al pueblo cosas maravillosas acerca de aquel país; pueden también compa-



Lámina 47.—Pila bautismal sostenida por doce toros, figura de los doce Apóstoles.—Obra en cobre amarillo ejecutada en Dinant el año 1112 y conservada en la iglesia de San Bartolomé, de Lieja.

rarse con las doce piedras levantadas en la corriente del Jordán, contra las cuales vienen á estrellarse las borrascas del siglo; á los doce pequeños leones del trono de Salomón, á las doce columnas del altar de Jehovah, á los doce toros sobre que des-

cansa la masa de bronce, figura del bautismo, donde se lava toda mancha; á las doce puertas de la Jerusalén celeste, á los doce inquebrantables fundamentos de sus altas murallas, y, en fin, pueden también compararse con las doce brillantes estrellas que forman la corona eterna de la Esposa muy amada.

El nombre de Apóstol por sí solo es el milagro de los milagros, y San Pablo, que le recibió de Jesucristo resucitado, pondera la grandeza y maravilla para la cual Dios se valió de él como de propio instrumento: «Cosa admirable, dice; Dios ha convertido el mundo, no por la sabiduría humana, sino por la sencilla manifestación de su doctrina y verdad; ni tampoco se valió de los sabios según la carne, ni de poderosos y nobles para establecer su Evangelio, sino que eligió á unos hombres los más débiles para confundir á los fuertes, para que así nadie pudiera gloriarse del éxito de tan grandiosa empresa, sino que se atribuyese al poder de Dios y fuese obra exclusivamente suya.»

Los Apóstoles eran, pues, unos pobres pescadores y personas de poca influencia; sólo Judas era judío, los otros once eran galileos, y de uno y otros había un proverbio que decía: *Los galileos aman los honores, mientras que los judíos aman el dinero.* Judas se encargó de guardar los fondos del colegio apostólico, y la historia supone que era natural de Cariot, pequeña aldea situada en los confines del mar Muerto, y lugar miserable, cuyo nombre sólo ofrecía siniestras significaciones. El

apellido Iscariote quiere decir *hombre de bolsa, el hombre del dinero, el homicida y el traidor*. El por qué Nuestro Señor, conocedor del presente y del porvenir, y que tiene en sí el poder de leer lo que hay en el fondo del alma, admitió á hombre tan desgraciado en el número de sus Apóstoles, si bien los Padres de la Iglesia no han encontrado una razón evidente y exclusiva que influyera en semejante elección, dan, sin embargo, muchas, y todas de gran enseñanza, que pudo tener presentes Nuestro Señor. Jesús quiso hacerle una gracia, pero al mismo tiempo no le quitó la libertad de abusar de ella, y de hacerse más culpable despreciándola, y, por lo tanto, encontrándose Judas en condiciones las más á propósito para ser un santo, se hizo criminal por su propia voluntad, y su misma caída debe ser para nosotros una enseñanza que nos obligue, con temor y constante vigilancia, á trabajar incesantemente por nuestra salvación. Por lo demás, no cabe duda que Judas, cuando predicaba en virtud de su elección al Apostolado, no debía ser escuchado ménos que cualquiera otro Apóstol, incluso San Pedro, para que de ahí sepamos nosotros que el ministerio y sacerdocio son independientes del ministro del Señor, y que debemos respetar á los sacerdotes en el ejercicio de la misión canónica que han recibido, aparte de la indignidad que puedan tener en su persona, de la cual ellos responderán delante de Dios. Finalmente, Judas es un gran testigo que con su criminal conducta y su traición cumple las profecías y con su misma muerte atestigua la inocen-

cia de Jesús. La incredulidad pone en duda que Judas se suicidase; pero la verdad es que, si después de su traición hubiese vivido y tenido á su favor algún testimonio que alegar contra Jesús, la historia nos daría conocimiento de ello, y además la Sinagoga no hubiera permitido que quedase en la sombra su derecho, ni tampoco la Iglesia hubiera dado lugar á su desesperación; y, por último, ó los fariseos le hubieran hecho escribir su defensa, ó los Apóstoles llorar y expiar su culpa con la penitencia. Además, enseña San Agustín que, habiendo tomado el Señor la fragilidad humana, no quiso separar de ella la amargura y sentimiento que le causaría el ser vendido por su Apóstol, pues no era solamente durante su pasión cuando se proponía darnos ejemplo de paciencia, sufriendo los más crueles dolores, sino que quiso también edificarnos soportando á Judas traidor, á fin de que todo hombre aprenda á sobrellevar con moderación las aberraciones de su juicio y á sufrir los desprecios de sus mismos beneficios.

SERMÓN DEL MONTE, EL LEPROSO CURADO, EL HIJO DE LA VIUDA
Y OTROS MILAGROS

Poco después de la institución del Apostolado, y quizá el mismo día, predicó el memorable Sermón sobre la montaña, que, aún cuando le dirigió principalmente á sus discípulos, quiso también que fuese oído de todas las demás gentes; y es tal y